

entera la obra magistral, reproduciremos algunos de sus más interesantes párrafos después de relatar, á fin de que sean más fácilmente comprendidos y apreciados, el argumento de *Alma y vida*.

El argumento es el siguiente:

Una duquesita, Laura de la Cerda, vive, muriendo víctima de una enfermedad consuntiva, en sus dominios señoriales de Ruydiaz, y con ella, amén de buena copia de criados y servidores, su tío, don Guillén de Berlanga, segundón de una casa ilustre y borrachín impenitente, Doña Teresa, aya de la señora, un poco filósofa y un mucho poetisa, y una marquesa, prima de Laura, que reside allí temporalmente y cuida con amor á la doliente.

En Ruydiaz domina como absoluto dueño y señor de vidas y haciendas D. Dámaso Monegro, administrador de la casa ducal, que aprovecha en beneficio propio y daño ajeno el poder de ella y es, en suma, un tiranuelo insoportable, ante el cual hasta la misma duquesita tiembla y se acoquina. Frente á él, sin propósitos revolucionarios, pero con un ideal de bondad, una eterna aspiración hacia el bien y un criterio claro y recto de la justicia Juan Pablo Cienfuegos, nuevo caballero andante, pasea errabundo por los

estados de la duquesa desfaciendo entuerfos á escotadas y siendo en todo punto y en toda ocasión antítesis perfecta del tirano. Contra éste, entre tanto, conspiran dentro de la casa señorial D. Guillén y doña Teresa, y fuera los aldeanos á quienes constantemente veja y martiriza.

Monegro tiene una hija, doncella predilecta de Laura, y la hija un novio amigo de Juan Pablo, que ante la oposición hecha á sus amores por el padre, la moza solicita y consigue del audaz, auxilio para raptar á su adorada.

Al alzarse el telón, en el primer acto, Juan Pablo y su amigo han logrado introducirse con otros dos

en un patio del palacio ducal; pero una vez en él llega gente, véanse precisados á huir y lógranlo todos menos Juan Pablo, á quien aprisionan Monegro y algunos criados de la casa. Monegro, feliz por haberse apoderado del que considera su enemigo, parte en busca del corregidor para que le juzgue y castigue, y entretanto, de la custodia del reo encárgase el borrachín D. Guillén, quien conoce á Juan Pablo por haberle encontrado muchas veces en el monte, al ir á cazar. Juan Pablo y D. Guillén se entienden pronto y el caballero da al hidalgo buenos consejos para que se libre, aunque es difícil, de las garras de su enemigo.

Sobre todo aconséjale que procure ganarse á las señoras de la casa, las cuales, interesadas por él, podrían salvarle. La llegada del corregidor con su cortejo de alguaciles y gentes de justicia, interrumpe el diálogo, y reo y jueces pasan á otra estancia para comenzar en ella las diligencias judiciales. Poco después, con lucido cortejo, conducida en litera y acompañada por doña Teresa y la marquesita, llega la interesante Laura, roída por la enfermedad, pero contenta porque aquel día (es el de San Juan) ha cogido en el monte la simbólica verbena.

Laura sabe por sus servidores la novedad que en el

palacio ocurre, y aconsejada por la marquesita, ganosa de proporcionar distracciones á su prima, decide, contra los consejos de Monegro, que la indagatoria se haga allí, ante ella constituida en juez.

Comparece Juan Pablo, y las explicaciones francas y sinceras de sus actos inspirados siempre en la justicia y en el bien, roban el alma á la sinventura que siente al punto por el mozo, simpatía próxima al amor. Hay, sin embargo, en la declaración un punto obscuro. Juan Pablo explica sinceramente su entrada en el palacio; pero no le creen, piensan por lo menos, que llevó además un propósito egoísta; supónenle guiado por amor que puso muy altas



MARQUESA DE CLAVIJO (Srta. Ferri.)

FOT. FRANZEN



TORA (Sra. Alvarez.)
FOT. FRANZEN

una pastorela escrita por doña Teresa, y allí conocemos un nuevo personaje, Toribia ó Tora, exnodriza de Laura, que adora en la duquesa y viene á traerla leche de sus vacas. Cuando el ensayo de la pastorela va á comenzar, una de las doncellas cuenta á las señoras que Juan Pablo representa y dice versos maravillosamente. Laura, al saberlo, animada por la marquesita y D. Guillén, y aprovechando inopinada ausencia del terrible Monegro, obliga al corregidor á traer el prisionero para que tome parte en la fiesta. Mientras llega Juan Pablo, las damas disfrázanse como conviene para la farsa, y Laura convéncese de que sus celos eran infundados.

Comienza el ensayo y Juan Pablo hace el papel de pastor Thesimandro, el enamorado de la duquesita, dícela amores con versos de doña Teresa primero y de Lope después, y ella óyele vivificada.

Pero la fiesta dura poco, interrúmpenla clamores que suenan en asonada: son los pastores del señorío despedidos por Monegro, que piden justicia. El contraste entre los pastores de pastorela y los pastores de verdad que no aciertan, emocionados, á exponer sus quejas, es grandísimo. Juan Pablo habla por los desventurados y logra que Laura los haga justicia; en aquel punto llega Monegro, enterado ya de lo que ocurre, y pensando que en el monte le será fácil cazar impunemente á Juan Pablo, acon-

sus miradas. Laura parece, no obstante, dispuesta á absolverle; pero la vehemencia con que su prima aconseja el perdón en ciéndela los celos y ordena que Juan Pablo sea ahorcado. Entre tanto quedará en prisión; pero á Laura parece la cárcel insegura y ordena que el delincuente quede allí, cerca de ella, en una torre de su palacio. Así termina el acto primero.

✽

El segundo ocurre en los jardines de la residencia ducal; allí señores y criados van á representar

seja á la duquesita que le ponga en libertad. Juan Pablo parte y Laura desmáyase viéndole partir.

✽

Tercer acto. La escena representa el interior de la alquería de Tora, la nodriza. Allí, pero en estancia distinta de la que el público ve, están la duquesa y su prima con el aya; después y sucesivamente, llegan Monegro, D. Guillén, armado con cuchillo y pistolas, dos moriscas, «brujitas honradas que pobres», espías á lo que luego se ve, de Monegro y otros personajes secundarios. Los diálogos que unos con otros sostienen, enteran al público de que el tirano tiene apostados monteros en todo el monte para cazar á Juan Pablo y, en cambio, de que la conspiración cunde y está próxima á estallar. Salen luego las dos aristócratas, y en un momento en que Laura queda sola con Toribia, entrégala una carta citando á Juan Pablo para que la haga llegar á él. Después las moriscas hacen su horóscopo á la duquesita, profetizándola que con Juan Pablo reinará en un pueblo muy lejano. Descadénase una tormenta, óyense á lo lejos algunos tiros y entra en escena Juan Pablo, jadeante: le persiguen los secuaces de Monegro, pero allí encuentra socorro D. Guillén, hácele su aliado en la conspiración, préstale auxilio y juntos logran, al terminar el acto, apoderarse del terrible administrador.

✽

El último acto es muy breve. Ocurre en una estancia del palacio. Laura agoniza, y Juan Pablo, guiado por D. Guillén, acude á la cita. Los enamorados dicense amores, y Laura expresa cálidamente

sed de bien y sed de justicia. El diálogo es interrumpido por el tañer lúgubre de una campana; es la que suena en el señorío cuando los vasallos se sublevan contra sus señores. Laura se aterra, Juan Pablo procura tranquilizarla ocultando que se ha empeñado la lucha entre amigos y adversarios de Monegro, y, ayudado por doña Teresa y la marquesita, que han llegado después, la convence de que los vasallos vienen á aclamarla, porque la maldad ha sido destruida del señorío. Laura, convencida, pide



BELARDO (Sr. Manso.)
FOT. FRANZEN

sus joyas y su corona para presentarse ante ellos con todo el esplendor de su alcuernia. En tanto la lucha termina, los enemigos de Monegro vencen, y llamados por Juan Pablo, entran en la estancia y presencian respetuosamente la agonía de la duquesita, vencedores y vencidos.

Muere Laura, y Juan Pablo pone fin al drama diciendo á los vasallos que le escuchan arrodillados, frases parecidas á éstas: «¡Ved lo que habéis perdido!» «¡Era la divina belleza, la ideal virtud!» y luego: «Nosotros somos la maldad eterna. ¡Llorad, vidas sin alma! ¡Llorad, llorad!»



Tal es, en resúmen, lo que en el drama ocurre, y ahora véanse algunos párrafos en que el autor de clara su propósito, expone sus tendencias y razona lo que escribió: Dicen así:

«Perdóneme que también ahora, al imprimir el drama estrenado últimamente, eche por delante un poco de sermón; no porque el caso de ogaño tenga semejanza con aquel otro en que me permití subir al púlpito, sino por imperiosa necesidad de expresar algunas ideas referentes al Teatro y á las causas de su precaria existencia, á la psicología del público en estos días de grande confusión, ansiedad y azoramiento, á la forma viciosa en que se efectúan los estrenos, y al arcaísmo de la Prensa, que aún no acaba de dar á la literatura dramática el vital ambiente que á otros asuntos prodiga, increíble abandono tratándose de un arte tan hermoso, tan castizo, alma, rostro y acento de esta raza, cuyos caracteres culminantes son la viveza pasional y la expresión declamatoria.

De esto y de algo más, comediantes y directores de escena, críticos que claman generosos ó rezongan descontentadizos, quiero decir cuanto se me ocurra, y advierto ante todo que escribo estas páginas con absoluta serenidad, y que guardo para mí propiamente las amarguras y desengaños, disimulando hasta donde pueda la fatiga de quien anda

en el trajín de labrar un surco en tierra ingrata, poniendo en ello más voluntad que inteligencia, decidido á que la ineficacia de un esfuerzo se remedie con otro esfuerzo mayor. El cansancio, como el mal sabor de boca, fácilmente halla medicina en la conciencia, y si nunca seré gladiador de consumado poder para la lucha, válgame el propósito de imitar al aragonés que hincaba en el muro los clavos haciendo martillo de su dura cabeza. Con tan saludable ejercicio, y con el gusto de ver cómo van entrando los clavos, fácilmente se adquiere la tranquilidad de espíritu y la fortaleza craneana que permite acometer mayores empresas. Y esta serenidad que disfruto me permitirá platicar sosegadamente con los que han escrito de *Alma y vida* en variados tonos, inclinándome

ante los que han expresado sus opiniones con alabanzas desmedidas ó censurándome con miramientos dignos de toda mi gratitud, y podré emplear fórmulas de cordial polémica con los que han andado en esto á tropezones como el ciego que se lanza por caminos desconocidos. Para todos será esto como una conversación entre amigos, de la cual ellos y yo saquemos alguna provechosa enseñanza.

Si me dejan que en esta conversación sea yo quien rompa el silencio, les diré que se habitúen á la variedad de la forma del arte, que no sean desabridos y regañones con el que se proponga *cam-biar la tocata*, aunque en ello no resulte totalmente afortunado; que no vayan al teatro con la esperanza y el deseo de ver la repetición de lo que antes vieron, y el paso continuo por los caminos ya deshechos de puro rodados. En cuanto á la forma de simbolismo tendencioso, que á muchos se les antoja extravagante, diré que nace como espontánea y peregrina flor en los días de mayor desaliento y confusión de los pueblos, y es producto de la tristeza, del desmayo de los espíritus ante el tremendo enigma de un porvenir cerrado por tenebrosos horizontes. Y el simbolismo no sería bello si fuese claro, con solución descifrable mecánicamente como la de las charadas. Déjenle, pues, su vaguedad de ensueño, y



TURPÍN Corregidor, (Sr. Lagos.)
FOT. FRANZEN



MONEGRO (Sr. Rausell.)
FOT. FRANZEN



IRENE
(Sra. Mata.)

LAURA
(Srta. Moreno.)

FOT. FRANZEN

ACTO SEGUNDO



MARQUESA DE CLAVIJO
(Srta. Ferri.)

ROSAURA
(Sra. Gil.)

LAURA
(Srta. Moreno.)

FOT. FRANZEN

ACTO SEGUNDO

no le busquen la derivación lógica ni la moraleja del cuento de niños. Si tal tuviera y se nos presentaran sus figuras y accidentes ajustados á clave, perdería todo su encanto, privando á los que lo escuchan ó contemplan del íntimo goce de la interpretación personal. Moviome una ambición desmedida, no exenta de confianza, á poner mano en empresa de tan notoria dificultad: vaciar en los moldes dramáticos una abstracción, más bien vago sentimiento que idea precisa, la melancolía que invade y deprime el alma española de algún tiempo acá, posada sobre ella como una opaca pesadumbre. Pensando en esto, y antes que se me revelara el artificio que había de servirme de armadura, veía yo como capital signo para expresar tal sentimiento el solemne acabar de la España heráldica llevándose su gloriosa leyenda y el histórico brillo de sus luces declinantes. Veía también el pueblo, vivo aún y con resistencia bastante para perpetuarse, por conservar fuerza y virtudes macizas; pero le veía desconcertado y vacilante, sin conocimiento de los fines de su existencia ulterior. Sobre esta visión, fundamentado de cuya solidez no respondo, tracé y construí la ideal arquitectura de *Alma y vida*, siguiendo por espiritual atracción, el plan y módulos de la

composición beethoveniana, y no se tome esto á desvarío, que el más grande de los músicos es quien mejor nos revela la esencia y aun el desarrollo del sentimiento dramático.»

«Es indudable que de algunos años acá nuestro bendito público ha progresado en gusto, en tolerancia, en paciencia, aprendiendo á internarse por caminos, si no nuevos, nuevamentelimpios de antiguas y ya pisoteadas malezas. Débese este adelanto á los autores y á los críticos. ¿Por qué no persisten éstos en la obra de educar al público, y por qué se vuelven atrás ó se estacionan en el punto más propicio para persuadirle de que debe avanzar? No puedo conformarme con esas monomaniacas exhortaciones á la brevedad en pasajes que no se alargan más que el tiempo preciso para que se diga lo que no debe omitirse, para que se trace el necesario contorno de los caracteres, y se amarrén y aseguren los hilos lógicos de la fábula. Ya que tenemos al espectador iniciado en la costum-

bre de oír, de agarrarse con toda su atención á la palabra que fácilmente y sin cansancio le va introduciendo en los dédalos del asunto y en el alma de los personajes, ¿por qué le espantáis hablándole de larguras que no lo son sino admitiendo que toda obra se ha de escribir para los cerebros estragados que buscan la instantánea? Estos acabarían por pedirnos situaciones de relámpago si con esta enfermiza querencia de la brevedad transigiéramos. Tanto les habéis repetido que el teatro es síntesis, que se han apoderado gozosos de tan manuable formulilla para hacer de ella el accicate con que estimulan la vertiginosa carrera de la acción teatral. Síntesis es, ciertamente, el teatro; pero no seamos tan sintéticos que se nos vean los sesos. Demos espacio á la verdad, á la psicología, á la construcción de los caracteres singularmente, á los necesarios pormenores que describen la vida, siempre dentro de límites prudentes que en el caso de autos

no han sido traspasados, y retiren los críticos su *leit motif* de que esto es largo, de que estotro *pesa*, cuando en realidad ni pesa, ni se prolonga más de lo conveniente.

Lo más singular de estas excitaciones á una rapidez que en cierto género de obras teatrales no puede ni debe ser concedida, es que el público sano y noblote que va á los teatros sin curarse de reglas menudas ni de convencionales criterios, no suele cansarse allí donde se le indica que hay algo más de lo preciso: de ello tengo mil pruebas aducidas de las observaciones que suelo hacer cuando soy espectador antes que interfecto. Y si no se cansa, ¿para qué se le señala la ocasión de cansancio, como si se diera una orden, ó quisieran imitar en la crítica las acotaciones con que en dramas y comedias marcamos los accidentes del diálogo y de la acción? Es que si el arte está lleno de amaneramientos, la crítica no se ve libre de este mal, y la práctica misma del examen de obras, convertida en oficio, induce á la repetición de los modos viciosos y de las ideas mecánicas y de estampilla. Ya se irán curando de este defecto, ya comprenderán que la lógica interrumpida en su fácil proceso, la humanidad de los caracteres, la concordancia de éstos con la palabra,



CALIXTO (Sr. Cobeña.)
FOT. FRANZEN



CHACÓN (Sr. Torner.)
FOT. FRANZEN



VALLEJO (*Escribano*) (Sr. Gaillot.)
FOT. FRANZEN

que con este fin y con la intención más leal van al teatro, y no les den la consigna de cansarse cuando ven y oyen gustosos, libre el entendimiento de retóricas vanas. Equivócanse de medio á medio los profesionales creyendo que la crítica lega de la muchedumbre independiente concuerda con la técnica circunstancial que ellos traen en papeletas. Todo el mundo ha podido observar que rara vez se inician en el espectador *de derecho* los síntomas de cansancio ó de disgusto: se cansa ó aparenta cansarse, hociquea y frunce el ceño antes de tiempo la caterva de invitados que las empresas introducen con largueza y magnanimidad en los estrenos. Como he pertenecido más de una vez á esa falange de espectadores *de hecho*, sé lo que es, y participando por espíritu de cuerpo de su recelosa psicología, he visto que regatea su aprobación franca, hasta que la obra se impone con fuerza incontrastable. Por lo común, el público permanece apartado y dueño de sí, elaborando su propio ambiente frente á la viciada atmósfera que en otras partes del teatro se forma, y si el contacto por algún medio pudiera evitarse, el sentido general quedaría victorioso.

No abdica el público verdaderamente su criterio hasta que se le impone otro en el periódico del día inmediato; y no es la sermonaria admonición del crítico la que gana la batalla, sino la autoridad del diario, formidable continente que da fuerza de ley á todo su contenido.

son parte á que no se fatigüe la atención del oyente, y á que nadie apetezca una brevedad desconcertada, siempre más fatigosa que la razonable extensión nutrida y jugosa. En conciencia, y poniendo la verdad sobre todo, me atrevo á declarar que en *Alma y vida* no hay pasaje alguno que pese verdaderamente, en buen criterio artístico á la moderna. Podrán decirme que *pesa* y está demás el conjunto, la totalidad; esto ya es distinto; habría que verlo. Pero si conceden que la obra merece ser escuchada, dejen que la escuchen los

Espero en que nadie lleve á mal esta sincera discrepancia con algunos rutinarios modos de opinar, nacidos del amaneramiento que invade todas las artes: y pues de amaneramientos se habla, allá va otro, con la esperanza, con la seguridad más bien de verlo pronto corregido; que esta satisfacción deben á la verdad hombres tan inteligentes. Reconozcan y confiesen que no solo está mandada recoger, sino que se ha recogido ya, prohibiendo su circulación por todo el reino literario y artístico, la formulilla de que hay melodrama desde que aparece un personaje embozado y se baja la luz de la batería, ó cuando suenan truenos, ó riñen con airado escándalo hombres ó grupos. Y si no quieren rectificar este vicioso juicio, dennos una clara definición del melodrama. Por tales se tuvieron en un tiempo dramas tan hermosos como *La Torre de Nesle* y *Catalina Howard*, aunque nunca se representaron con música; pero el público entiende por melodrama la composición popular, ingénuo y casi infantil, donde se presentan lastimeros martirios terminados con el castigo de los malos y el galardón de los buenos, pasando por emociones de psicología primaria y elemental. A nadie se le ha ocurrido llamar melodrama al *Rey Lear* porque en algunos pasajes estalle la tempestad con truenos y rayos, ni á *Macbeth* porque salgan brujas y espectros, ni á *Lucrecia Borgia* por sus venenos y sus agonizantes con capuchón, ni á *Fuente Ovejuna* por su popular griterío, ni á innumerables obras de Calderón y Lope por las embocadas y sorpresas para capturar hombres malvados.

El buen público, que ordinariamente está cortado á la burguesa y gusta de formas elegantes en el teatro, así como abomina de la vulgaridad, en cuanto le hablan de melodrama, mira con desdén profundísimo la escena sin luz y la exhibición de pistolas y puñales. Creía poder gozar de una obra bella, acorde con las ideas dominantes, y de pronto la ve convertida en *Los perros del Monte de San Bernardo* ó en *El terremoto de la Martinica*... He llegado á creer que estos latiguillos de la crítica no son hijos de la convicción, sino de cierto espíritu maleante, favorecido por el monopolio, el cual comúnmente hace inconsiderados y burlescos á los que lo ejercen. Dueños absolutos de su cantón, en el



LAINÉZ (Sr. Perera.)
FOT. FRANZEN

cual cortan y rajan en la plenitud de su albedrío, sin competencia ni contraste, oficiando con jurisdicción indiscutible, sueltan las riendas al ingenio, y cosas escriben en las cuales no se ve más objeto que pasar el rato. Admitimos que sea difícil el inmediato remedio del desgobierno que los directores de los grandes diarios mantienen en este cantón; pero es incomprensible que en periódicos que tienen en sus filas y á su frente á un ilustre literato, académico de añadidura, no se imponga siquiera la corrección de esta socarronería de lo melodramático.

Si en tantas cosas dormitan, verdaderos linceos son nuestros críticos en la práctica de estrenos.

Tanto han visto y observado en el continuado ejercicio de su asistencia sacerdotal, que han adquirido gran perspicacia para medir y pulsar todos los accidentes de la batalla entre el público y las obras nuevas. Pero esta maestría no basta para el buen desempeño de una misión que en todo caso ha de ser literaria. En el estreno de una obra, autor y público no pueden encontrarse en igualdad de medios de combate ni son las mismas sus armas y sus defensas. El autor es entidad superior al público, y así debe continuar hasta que se demuestre lo contrario. El crítico, como literato y artista que también cultiva lo ideal, debe estar al lado del autor, atento á su defensa, á reforzarle cuando flaquea, á sostenerle y no dejarle desmayar cuando lleva ventaja, no abandonándole

hasta los momentos en que se ve que los medios de persuasión expresados en la escena son de notoria ineficacia. Pues bien: nuestros censores no responden siempre al deber profesional y fraternal de formar al lado de la obra, combatiendo con ella hasta donde se pueda. Salvo los casos en que por tratarse de un autor de la propia familia, ó que reúne los dos caracteres de poeta y periodista, se ponen resueltamente á su lado y le protegen y le ayudan, los críticos padecen un lamentable olvido de los vínculos que por ley moral y literaria les unen al autor, y casos hay, bien lo ha visto todo el mundo, en que apoyan al público en su rutinario desvío de las

ideas que vienen del escenario, debilitan las ventajas que el autor alcanza en tal ó cual escena, refuerzan las desventajas, y obscureciendo las entendaderas del auditorio en vez de aclararlas, ponen de bulto los errores del poeta con expresión hiperbólica, mientras con tímida y desdeñosa expresión marcan sus aciertos, si éstos son tan visibles que no pueden negarlos. Esto pasa, no digamos que todos los días, pero sí muchas veces, y no es bueno para el arte dramático. Explican su conducta los críticos con la evasiva de que mucho debe exigirse para que los autores afinen su entendimiento y aspiren á lo más acertado y perfecto; pero no vienen las perfecciones por ese camino.

Si en las demás artes el ideal nace, crece y vive en medio de la injusticia, y una atmósfera de desdenes y olvido no puede asfixiarle, en el teatro, arte de persuasión inmediata y directa, la crítica no podrá obtener buenos frutos si no es pródiga de verdad en la distribución de alabanzas y censuras. Mejor explicación de esta parcialidad nos da la desordenada simpatía que los jueces de estrenos suelen sentir por un teatro, empresa, ó grupo de comediantes, teniendo en poco á los demás. No debe verse en esto más que la facilidad nativa de nuestra raza para la formación de bandos ó camarillas, producto del temperamento confanzudo y de la movilidad de nuestros afectos. Ninguna corrupción hay en ello, y la honradez más pura preside á estas

manifestaciones chicas del pandillaje nacional. Resulta, pues, que los principales periódicos se encuentran, sin saberlo, ministeriales de un teatro, y en sistemática enemistad con el otro, ó con el de más allá.»



ROSAURA
(Sra. Gil)

IRENE
(Sra. Mata.)

FOT. FRANZEN

«A los intérpretes de dramas y comedias consagro el final de mi plática dándoles toda la importancia que les corresponde, pues sin ellos no habría Teatro. Ellos son la presencia y rostro de las ideas, y el verbo de los sentimientos que queremos expresar. Por ellos nos conoce y nos entiende el público: su arte